



**MÓNICA
DE CRISTÓBAL**

CON LA LUZ ENCENDIDA

¿Quién decide qué está bien y qué está mal?

Dos madres enfrentadas a sus miedos.

Un acto de amor puro.

Mónica de Cristóbal

**Con la luz
encendida**

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Mónica de Cristóbal, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.ndenovela.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024

Depósito legal: B. 13.254-2024

ISBN: 978-84-10140-14-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo

Printed in Spain - Impreso en España



1

Celia es abogada en ejercicio. Le pusieron su nombre por los libros de Elena Fortún, aunque ella siempre ha sentido que no se parece en nada al personaje ni a su autora. Qué más quisiera.

Celia utiliza la palabra como profesión, pero no para deleitar a los niños, sino para defender a todo tipo de clientes que la contratan para eso. Da igual si cometió un delito, si no lo cometió, si tiene razón, si es de justicia o si es legal. Lo importante —siempre lo dice así, con mucha teatralidad y en la primera visita que concierta el cliente en su despacho— es recabar pruebas. En derecho (y aquí deja siempre unos segundos la frase en el aire) no gana el que tiene razón, sino el que tiene las pruebas que lo demuestren. Sin pruebas, no hay justicia que valga. A continuación, les ofrece un café o un refresco, para apaciguar esa sed de venganza con la que han llegado y que empiecen a entender lo que de verdad van a conseguir.

Lleva así quince años. Ejerciendo la palabra a cambio de dinero. La vocación la perdió cuando descubrió, precisamente en pleno juicio, lo de las pruebas que ahora cuenta casi como un eslogan de su propio despacho. La hija de su cliente había desaparecido sin motivo alguno y la última persona que estuvo con ella, su exnovio, mintió desde el principio respecto a su coartada. Pero, a pesar de los embustes, como no se encontra-

ron nunca ni su cuerpo ni ninguna prueba de su fallecimiento, y menos por causa violenta, el presunto culpable fue declarado inocente. En el juicio quedaron claras su frialdad, su falta de moral, sus trápalas y que nunca había aceptado que ella lo dejara. Pero, ante la ausencia de pruebas de cargo razonables, solo cabía la conclusión de la inocencia.

Desde aquel caso siente que ejerce el derecho como una pasión mal digerida, en un matrimonio que no tenía que haber sido nunca, pero que fue por la insistencia de sus padres.

—Ya escribirás más adelante en un periódico, hija, pero con la carrera de Derecho terminada, que esa carrera sirve para todo.

Así que ahí está, con su toga, su despacho y sin haber escrito jamás ni los cuentos que se inventa para sus hijos. La hija de su cliente sigue desaparecida y el exnovio trabaja en un taller y ha formado una bonita familia.

Lleva otros cinco años siendo también madre y culpable. Tres niños y un negocio propio es lo que tiene. La culpa aparece cuando al día siguiente le vence un recurso de apelación y está en urgencias por la bronquiolitis del hijo mediano, enchufadito al oxígeno, mientras ella intenta alcanzar con el móvil algo del wifi sanitario, porque no recuerda muy bien el artículo de una ley que debe aplicar, ya que, además, duerme muy poco por las noches porque el pequeño ha empezado con los miedos nocturnos.

Se siente culpable por ser una mala madre, una mala esposa, una mala hija, una mala amiga y una mala abogada. Porque no llega a casi nada, y en ese *casi* se ahoga constantemente en un mar de inseguridades y le palpita la sien cada vez que lee en una

sentencia «la defensa no ha acreditado completamente los hechos de la demanda», o ve la nota en la agenda de la guardería de «faltan pañales y toallitas, tercer aviso», o imagina la cara de su madre cuando le contesta por teléfono: «No, mamá, todavía no puedo ir a las rebajas contigo» y su madre le replica: «Pues para cuando vayamos, ya no va a quedar nada» y lo dice con tono de pena, no por la ropa, sino por ese rato de tiendas juntas que tanta falta le hace.

A veces le bombea tan fuerte el corazón por la noche, que se despierta y se desvela con la guillotina a punto de desplomarse sobre su cuello, su cuello de culpable.

Después, siente cómo se acomoda en su cogote un gremlin, uno de esos extraterrestres que todos los que hicimos la EGB vimos alguna vez en el cine o en la televisión, que la aprieta y aprieta hasta que le bloquea toda la espalda y tiene que ir al fisio y escuchar lo de «el estrés es muy malo, Celia, te tienes que cuidar, te tienes que».

Marido no hay.

Había, pero ya no hay.

Murió en febrero.

Tenía su último hijo catorce meses.

Cuando nace el primero regañas por quién se levanta más por las noches. Cuando nace el segundo hay discusiones por quién se levanta más, cambia más pañales y pasea más carritos. Cuando nace el tercero hay broncas por todo y por nada.

En esa bronca estaban una mañana de sábado por la calle, con el bebé en el carro y los otros dos niños agarraditos a su abrigo, mientras él farfullaba y ella contestaba a regañadientes por cualquier sandez, hasta que él le dijo:

—Está bien, está bien, me voy a comprar el postre, porque prefiero no seguir escuchándote.

Celia se dio la vuelta con el carro y los niños, malhumorada y hasta el gorro de todo. Eso fue lo que pensó en ese momento: «Estoy hasta el gorro de todo». También pensó: «Y ojalá se estampe», de lo enfadada, cansada y triste que se encontraba esa mañana, por todo y por nada, como venía siendo habitual desde hacía unos meses.

Él cruzó, como tenía por costumbre, por mitad de la calle. Para qué un semáforo, para qué un paso de cebra. Para qué.

Él iba siempre así, con prisas, como si la vida se le fuera a terminar anticipadamente y tuviera que hacer muchas cosas antes de irse. Hablaba de forma atropellada, andaba saltándose un paso casi por encima del siguiente, reía con fluidez para acortar los tiempos y que diera lugar a decir algo más y parecía que la urgencia la llevara metida entre la camisa y el pantalón, tragándose la vida a zancadas.

Celia se giró cuando él gritó:

—¿Qué prefieres: fresas o helado?

Y ella vio sus enormes ojos verdes y sus brazos abiertos en cruz, con las palmas de las manos extendidas hacia el cielo, en forma de interrogación.

Y ya no vio nada más.

No advirtió que una moto giraba la curva a gran velocidad. No oyó el ruido, no escuchó el derrape, ni el golpe, ni lo vio salir disparado contra una farola, ni el griterío, ni el jaleo, ni a sus hijos chillando agarraditos a su abrigo y al bebé llorando desconsoladamente.

Tampoco se percató de la sangre que, según dijeron des-

pués, se desparramaba veloz por la calle formando un reguero, como un pequeño río de vida que tardaría aún varios días en desaparecer. O cómo la parte frontal del cráneo se quedó adherida a la farola. Allí, después, la madre de él pondría todas las semanas un ramo de flores, frescas y bien ataditas con un lazo azul, hasta su muerte.

No sintió cómo él se iba, se elevaba y se quedaba suspendido sobre su propio cuerpo destrozado, mientras el de la moto profería alaridos y abrazaba al de la pescadería, que había salido disparado a prestar ayuda por si podía hacer algo con sus manos expertas en abrir cuerpos, cortar filetes, quitar cabezas y separar espinas.

En unos segundos eternos, en los que el vecindario se hizo multitud, en los que alguien llamó a emergencias, otro a la policía y una señora cogió el casco que el motero había lanzado al suelo antes de abrazarse al pescadero, Celia permaneció completamente inmóvil, como si ella también fuera una farola.

Después, solo dijo:

—Fresas, mejor las fresas, que ya es la temporada. —Y se desplomó.

2

Tardó unos meses en volver al despacho desde lo de las fresas. Celia llamará así a aquel episodio hasta que se cure y pueda hablar de ello con naturalidad, como dice la terapeuta del seguro médico que la trata cada quince días y rellena con diligencia su ficha de asistencia cada vez que va, con una letra redonda y pulcra que a Celia le gusta mirar y la embelesa.

Los meses del duelo de las fresas sus compañeros del despacho se hicieron cargo de sus juicios y de sus clientes. Los antiguos y los nuevos. Asumieron sus demandas y recursos y atendieron las consultas. Nunca tendrá Celia bastantes palabras de agradecimiento. Aparecieron en el tanatorio, le quitaron el móvil del despacho y le dijeron:

—Ahora, olvídate del trabajo y cuando estés lista, vuelves, que allí estará todo igual para ti.

Celia pensó que tarde o temprano les iba a devolver el favor con creces. Buena era ella para tener en cuenta lo que los demás hacían por ayudarla. A su enorme lista de tareas añadió mentalmente estas devoluciones, no se fuera a permitir una ayuda desinteresada y quedar luego como una aprovechada.

Celia no pensó en el coste, ni en el desgaste ni en el sinsentido de tener que estar siempre devolviendo los favores.

Para eso no pensaba.

Para eso no.

No solo era la culpa, que llegó para instalarse cuando fue madre por primera vez; era también la educación, el «es de bien nacida ser agradecida» y la responsabilidad, la que empieza temprano, cuando te dicen: «Seguro que puedes sacar un nueve en vez de un siete», y termina con ataques de ansiedad en los exámenes parciales, durante la universidad, que luego ahogas en cubatas, celebrando las magníficas notas obtenidas.

Pero ahí queda, ahí subyace, no se va con la vomitona de la borrachera ni con la piel que quema el verano, porque el año que viene más y mejor y, además, un curso fuera para aprender un idioma, el que sigue haces también un voluntariado para saber qué se siente y al año siguiente, encima, como ya te vas a casar, pasas más tiempo que nunca con tus padres. Y así, en un sinfín de detalles aparentemente sin importancia, te vas desgastando, te dejas la piel y un poco la vida, pues las neuronas están en el trabajo y las emociones en los ojos de pena de tu madre, con su nido vacío, y en la mirada de aprobación de tu suegra cuando le dices que sí, que tú la acompañarás a su diálisis siempre que lo necesite.

Luego te casas y sigues yendo al nido vacío de tu madre incluso entre semana, para que parezca lleno, mientras tu marido ya no va a diálisis con su madre, sino que vas tú, porque para eso la suegra ha ganado una hija, una hija como tú, que sacó matrículas de honor en la universidad, habla dos idiomas e hizo un voluntariado. «Fíjate», le dice la suegra a la enfermera, «que se fue un año a la India y otro a México, con esos niños pobrecitos que se los comen los mocos y las moscas».

La enfermera mira con admiración a esa joven abogada

con matrículas, idiomas y que es casi una santa. Sí, señora, así se lo contará luego a las otras enfermeras mientras moja la magdalena en el café en su descanso; y no ven ni la culpa, que ya asoma, ni ese exceso de responsabilidad que no es que aflore, es que se ha comido a la pobre Celia, se la ha tragado como una *Boa constrictor* y la está deshaciendo lentamente con sus jugos gástricos venenosos, para terminar siendo el resultado del molde perfecto con el que la hicieron entre todos, para nacer y vivir esta vida de ellos.

En esa ecuación perfecta, la muerte de su marido no tenía ningún encaje.

«Hasta que la muerte os separe», les había dicho el sacerdote ante doscientos invitados en la iglesia que escogieron sus suegros porque ellos se casaron en ella, con el vestido que eligió su madre porque le recordaba al suyo. Le apretaba un poco la sobrefalda y sentía resbalar las gotas de sudor por los muslos cuando llegó esa frase tan de película: «Hasta que la muerte os separe». Él le sonrió con esos ojos verdes que la tenían enamorada, con los ojos y con la boca perfecta que estaba deseando besar, y sintió las gotas de sudor también en las axilas, la espalda y asomando un poco en el bigote, que menos mal que había sido perfectamente depilado, como todo lo demás, porque para eso era la novia.

Hoy recuerda esa frase al entrar al despacho y siente que si fuera un caso de los suyos tendría que demandar a Dios y al cura de aquella iglesia. «Hasta que la muerte os separe» no es para pensar que seis años después eso va a ocurrir. Es una frase muy rotunda que, dicha entre gente joven, te hace creer que llegarán las bodas de plata y las de oro por lo menos. Podría

demandar a Dios para que volviera a ponerla justo en aquella calle, con sus niños agarraditos a su abrigo y el bebé berreando en el carrito. Cuando él le dijera que se iba a por el postre, ella lo agarraría y le pediría que le repitiera lo que le juró en la iglesia, cuando le sonrió con los ojos y con el alma, delante de doscientas personas y de sus gotas de sudor. Pasaría la moto por detrás y seguramente el hijo mayor imitaría su ruido corriendo hacia el portal, en el que todos entrarían juntos, riendo. El pescadero, ajeno a lo que se estaba librando, estaría en ese momento quitando las tripas de medio kilo de boquerones y exclamaría en alto, al ver pasar la moto, que él quería una así, que era una auténtica pasada su potencia.

Celia sabía que esa demanda no tenía ningún sentido, que tan solo eran divagaciones de viuda y que seguramente pensarían lo mismo miles de madres cuando pierden a sus hijos o de amigos cuando se va su alma gemela. Tenía claro que el momento no iba a volver para que se resolviera de otra forma, pero le gustaba regodearse en el dolor mientras pensaba en cuántas cosas podría haber hecho por cambiar los cinco segundos anteriores a que él se pusiera en mitad de aquella calle. En cinco segundos podría haberlo besado, agarrado, abrazado, rodeado, preguntado otra cosa, ordenado que cogiera el carrito, incluso podría haberlo golpeado con fuerza con su bolso para dejarlo paralizado. Cualquier cosa en cinco segundos habría cambiado su destino. Pero no lo hizo y él se fue, cruzando la calle por donde no tenía que cruzar, y ella dejó pasar uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos preciosos sin hacer nada de nada para, después, no volver a verlo nunca más. Ni siquiera pudo besarlo en el hospital; y para cuando recobró el conocimiento

y la consciencia real —estuvo un día entero ingresada en estado de *shock*—, sus padres y sus suegros ya habían decidido que el ataúd estuviera cerrado y qué tipo de madera, crucifijo y responso marcaría su final.

Lo que Celia no sabía del día en que murió su marido era que cerca de allí, aunque muy lejos en sus vidas, a la misma hora en que la moto lo lanzaba contra la farola, una mujer había entrado en el Retiro con sus dos hijos de la mano. Parecía que el día iba a ser soleado, a pesar del frío del invierno, y les encantaba pasear entre las fuentes y los senderos de los parques y subirse a todos los columpios y toboganes. La mujer llevaba bocadillos de queso y zumos para comer frente al lago, así los niños podrían tirar miguitas a esos peces tan enormes que asoman por las orillas, buscando constantemente el reflejo de las manos de los pequeños que les lanzan comida y, a veces, también globos o golosinas.

De pronto, la mujer se paró en seco y escondió detrás de ella a sus hijos. Los niños preguntaron: «Mamá, ¿qué pasa, jugamos otra vez al escondite?», pero a ella no le salió la voz.

Los estaba viendo.

Iban tan campantes, directos a las escalinatas justo enfrente del lago. Ella supo entonces que la estaban buscando. Había soñado que nunca la encontrarían, pero olvidó que la crueldad no tiene fronteras, ni idiomas ni sellos en los pasaportes que le impidan atravesar. No pudo ni contestar a sus niños, que reían detrás de ella creyendo que era un juego. No le salió la voz ni la palabra. El corazón le latía tan fuerte que pensó que lo oirían los que pasaban a su lado corriendo, en bici o paseando, ajenos completamente a los otros, que esta-

ban allí parados, en mitad de la senda, porque venían a por lo que era suyo.

«Están llegando», se dijo. Se dio la vuelta y salió corriendo, con los niños al lado, que seguían creyendo que estaban jugando. Corrió calle arriba, sin resuello, y se le cayeron los bocadillos de queso. No se paró. Siguió acelerando. Uno de los niños empezó a lloriquear porque le apretaba la zapatilla y le estaba haciendo una rozadura. El otro la agarró más fuerte porque sabía que algo pasaba. Aunque eran gemelos, eran muy distintos. De pronto, pasaron veloces dos coches de policía y una ambulancia. «Ha habido un atropello», dijo alguien a la vez que se santiguaba. El niño que lloraba exclamó: «Mira, mamá, sirenas, policías». Pero ella no paró, no comentó, como hacía otras veces, «yo de mayor quiero ser astronauta policía y patrullar por el mundo», no dijo nada de eso y el que sollozaba se puso a gemir más fuerte: «Para ya, mamá, que me duele, me duele mucho». A ella sí que le dolía, le iba a estallar el corazón del daño que sentía, de la rabia, de la indignación. ¿Por qué había continuado hasta ese momento?, se preguntó, ¿por qué está en esa situación si ellos siempre llegan, siempre encuentran?

Miró hacia atrás y no vio que pasaba veloz el coche oficial con la juez que iba a levantar el cadáver del atropellado. No podía saber que, meses después, esa misma juez le leería sus derechos estando ella esposada. No vio el coche, pero tampoco los vio a ellos, así que aminoró el paso y balbuceó un «¿nos metemos en el metro a dar vueltas en los trenes a ver si vemos ratones en sus casitas de los túneles?». El que lloriqueaba se puso a saltar muy contento, porque le encantaba el plan, y el otro

volvió a apretarle fuerte la mano como si entendiera que estaban huyendo, aunque no sabía de qué o de quién, pero que él estaba ahí y comprendía, y a ella esto se le hizo una bola gigante en el estómago. Menos mal que en ese momento pasó la ambulancia, esta vez en sentido contrario, y entonces sí, entonces sí les pudo decir que ella de mayor conducirá ambulancias y coches de bomberos y de policías, pero en Marte, en Júpiter o en la Luna, y que quién se apuntaba, y los dos niños saltaron entusiasmados diciendo adiós a la ambulancia con sus luces y sus sirenas.

Y la ambulancia se alejó, sorteando coches y semáforos, llevando a Celia, desmayada, a un hospital del planeta Tierra.